Sí, senadores, convengo en que los Rodios no deseaban que terminase la guerra con el triunfo de nuestras armas y la derrota de Perseo, y sé, tambien, que no eran los únicos que hacian votos contra Roma. Otros muchos pueblos y naciones participaban de sus sentimientos. Una parte de ellos, acaso no pensaba así, por el sólo deseo de complacerse en nuestro mal. Abrigaban, sin duda alguna, el temor de que, tan pronto como no tuviésemos ningun enemigo poderoso, y fuésemos dueños de ejecutar nuestros caprichos por haberlo sometido todo á nuestro imperio, ellos no podrian librarse de la servidumbre. El amor á su libertad ha sido, en mi concepto, el móvil de su conducta. Mas, en medio de esto, nadie dirá que los Rodios hayan secundado abiertamente los esfuerzos de Perseo, lo cual os prueba que se han conducido en sus asuntos públicos, con ménos celo, por sus propios intereses, que nosotros desplegamos en nuestros asuntos privados. Aquí en Roma, cuando alguno ve atacada su fortuna particular, lucha con todas sus fuerzas por defenderla. Los Rodios, por el contrario, han abandonado lo que más les interesaba.....»

Las palabras que siguen, hacen comprender el género de consideraciones que expondria el orador, despues de lo que he leido. Compréndese

claramente que recordaria á su auditorio las buenas relaciones mútuas que antes habian unido al pueblo de Rodas y al de Roma. Ved cómo sigue:

«¿Iremos, pues, á olvidar, en un solo momento, tantos recíprocos servicios, y á romper una amistad tan sólidamente cimentada? Cuando les acusamos de haber deseado hacer una cosa, ¿seremos nosotros los primeros en hacerla? El más encarnizado adversario de los Rodios, les acusa de haber querido ser nuestros enemigos. ¿Hay alguno, entre nosotros, que creyese merecer una pena, por haber deseado cometer una falta? Creo que ninguno; y en cuanto á mí, jamás reconoceria semejante culpabilidad. ¿Dónde existe una ley tan cruel que castigue las intenciones? ¿Dónde existe una ley que diga: el que haya deseado hacer ésta cosa, ó la otra, pagará tal suma, y entregará la mitad de sus esclavos; el que haya deseado poseer más tierra de la permitida; el que haya deseado aumentar el número de sus rebaños, pagará ésta ó la otra multa? Todos nosotros deseamos mejorar nuestra fortuna, y á nadie se castiga porque abrigue tal deseo. Si no es justo conceder honores á los que nada loable han hecho, aunque hayan procurado hacerlo, ¿deberá castigarse á los Rodios, sólo porque alguien haya

dicho que desearon obrar injustamente?..... Añádese que los Rodios son orgullosos, y este es un cargo que yo no quisiera merecer, ni que mereciesen mis hijos. Mas, de todos modos, que sean ó que no sean orgullosos, ¿qué nos importa? ¿Deberemos indignarnos de que un pueblo extranjero sea menos circunspecto que nosotros?» (16)

¡Esto es hablar! Tito-Livio califica este discurso de elocuente, y lo celebra hasta el punto de no atreverse á estractarlo, segun él mismo confiesa. (17) Aulo-Gelio lo comenta discretísimamente, y concluye sus consideraciones, conviniendo en que el estilo podria tener más brillo y armonía, y negando que pueda aumentarse la fuerza y vigor de los argumentos. Tambien dice que Caton habia empleado, en esta arenga, todas las armas que pueden esgrimirse en los debates políticos, aunque sin desarrollar las ideas elegantemente, y con una gracia por igual sostenida. A este fallo de dos jueces tan autorizados, seria imperdonable que yo añadiese comentario alguno. Ni puedo disentir de ellos, ni aunque pudiera me atreveria á manifestarlo, sin el apoyo, al ménos, de una autoridad igualmente respetable.

Ciceron dice que, en las obras de Caton, se encontraban todas las flores y ornamentos del

estilo, y que supo valerse de los tropos y figuras de la retórica; pero el mismo Ciceron escribe otros pasajes, en obras suyas más importantes y posteriores, donde autoriza para que se desconfie algo de estos elogios. Por otra parte, no pueden considerarse imparciales, sin poner en desacuerdo la floridez de estilo que atribuye á Caton, con el desprecio que á éste le inspiraban Isócrates, y los refinamientos de la cultura helénica. (18) Añade, el mismo Ciceron, que exponia los hechos con sencillez, que presentaba las pruebas con método y claridad, y abundaba en ideas sólidas y expresiones brillantes. Tambien asegura que sabia elogiar con nobleza, y que nadie vituperó con más implacable energía, lo cual hizo más estimadas sus alabanzas y más temidas sus censuras. (19) Pero esta rigidez la empleaba consigo mismo, como ya dije, ántes de hacerla sentir á los extraños; y acaso no hubo nunca un hombre que tanto recomendase la virtud con sus palabras, y tanto la persuadiese con su ejemplo. A esto debió, sin duda, gran parte de su prestigio; porque los hombres que desmienten sus máximas; con su conducta, son los mayores enemigos de su reputacion.

La severidad de su carácter se revelaba, tambien, en las duras reconvenciones que dirigia á

los romanos; lo cual debieran recordar, los que dicen que si Demóstenes fué más severo con su auditorio, que Ciceron con el suyo, esto consistía en la diversa índole de los pueblos á quienes hablaron. Yo creo que en tanto la palabra del orador resuene como un eco de los gritos de la conciencia pública, y mejor aún de la conciencia de su auditorio, la verdad puede salir de sus lábios sin peligro alguno, y hasta ser recibida con aplauso. ¿Lo poneis en duda?

Figuraos una asamblea compuesta, en su mayor parte, de los hombres que más han contribuido á las actuales desgracias de nuestra patria; figuraos que, en medio de esa asamblea, se levanta un orador libre de compromisos, de conciencia recta y pura, de patrióticas aspiraciones, sediento de gloria y de justicia. ¿Creeis que si apostrofase duramente á los autores de tantas calamidades sería arrojado entre silbidos de la tribuna? No; los aplausos y la admiracion más unánimes, serian la recompensa de su noble audacia. Él podria decirles impunemente: ¿Dónde está el cumplimiento de vuestras promesas? ¿Dónde está la honra que nos ofrecísteis? ¿Qué habeis hecho de tantos sacrificios, de tantos tesoros, de tanta sangre española? ¿Qué podeis presentar para justificaros?... ¡La ruina de la libertad, la ruina de la

Hacienda pública, casi la ruina de la pátria, casi la muerte de nuestras esperanzas! Y si estas verdades no penetrasen en su conciencia, si á ellas respondiesen, no con aplausos, sino con impudente gritería, entónces el orador que suponemos, podria hacerse eco de los acentos varoniles de Espronceda y decirles, con más razon que el poeta lo dijo:

«Callad; silencio, hipócritas parleros,
Turba de charlatanes eruditos,
Tan cortos en hazañas y rastreros,
Como en palabras vanas infinitos.»

Mas, dejemos estas digresiones que nos apartan de la contemplacion tranquila de la antigüedad romana, y dirigen nuestra vista hácia espectáculos desagradables del presente: dejemos estas digresiones que acaso parezcan peligrosas, en estos tiempos deliciosos y de incomparable libertad, en que, en todo sitio que no sea el Ateneo, se persiguen las palabras como si fuesen malhechores, miéntras los malhechores andan sueltos por campos y ciudades, únicos centinelas y guardianes de la propiedad (20).

Si despues de conocer las facultades oratorias de Caton, queremos verle y juzgarle en las grandes situaciones de su vida, preciso es que le sigamos, desde que llegó á Roma, protegido por

L. Valerio Flaco y Fabio Máximo, hasta la terminacion de sus dias.

Roma, señores, fué durante el gobierno de los Cónsules, una mar siempre agitada por dos corrientes opuestas; la una que partía del Senado, y la otra que arrancaba del Pueblo, para ir ambas á encontrarse en el Foro, y producir, con su choque, aquellas violentas tempestades, que, más de una vez, hicieron zozobrar la nave de la República. La plebe tenía defensores apasionados, como los tenia la nobleza, y pocas veces hubo un hombre intrépido y justo que se colocase entre los dos campos enemigos, para desafiar y contener las iras de ambos, y conseguir, con la moderacion de todos, el bien de la patria. Caton quiso realizar este designio, estimulando, á patricios y plebeyos, á que sólo fuesen émulos para sobrepujarse en el cumplimiento del deber, y disputarse los triunfos y las recompensas de la virtud (21). Quiso tambien realizar otro designio, aún más gigantesco, que fué el de restaurar las antiguas costumbres, y detener la corrupcion que entraba á torrentes por las puertas de Roma, con las riquezas del Asia, y las artes y la cultura de Grecia. Colocado entre dos siglos, entre dos civilizaciones distintas, pugnó por rechazar la que invadia, y por conservar y fortalecer aquel patri-

monio de costumbres y virtudes á que ántes habia debido Roma su salvacion, y que era el fundamento de las prosperidades que á la sazon gozaba. Si no se cumplieron sus deseos, y fué un dique roto, al fin, por el oleaje que le combatía, esto consistió en que sus remedios eran tópicos, y por consiguiente limitados; en que para influir sobre el espíritu de una época, son necesarios, sin duda alguna, grandes principios, un cuerpo completo de doctrina, una creencia fecunda capaz de introducirse, tarde ó temprano, en todos los corazones, y penetrarlos, como el calor penetra los cuerpos; y de formar la conciencia de todo un pueblo, para que sea posible imprimirle movimientos intelectuales y morales simultáneos, y convergentes hácia un mismo y civilizador objeto.

Esta obra era demasiado grande para Caton; para realizarla se necesita, quizá, una naturaleza algo más que humana, y sólo para considerarla posible, es necesario haber estudiado al hombre en el individuo, en las generaciones, y en las edades del mundo. Las grandes reformas, en cualquier sentido que se dirijan, son obras propias de titanes, y yo creo que deberian reservarse para estos hijos de los dioses, es decir, para los hombres extraordinarios, ó bien encomendar-

las al tiempo, que es el más grande, como el más seguro de los reformadores. Caton obró cuerdamente al resistir toda innovacion en las costumbres, porque la bondad de las antiguas estaba acreditada por la grandeza de Roma; miéntras el influjo corrosivo de las nuevas, estaba no ménos acreditado, por la decadencia de los pueblos que las tenian.

Pero observad, señores, este fenómeno: la vida política de Caton fué una lucha continuada contra la nobleza; lucha á muerte que sostuvo sin más armas que su elocuencia y su virtud; sin buscar nunca en la complacencia del Pueblo, un poder tribunicio que oponer á sus contrarios; atacando á los enemigos poderosos más bien que á los pequeños, como si buscase una derrota sin mengua ó una victoria doblemente gloriosa (22); y mereciendo, siempre, el apoyo de Fabio Máximo y de L. Valerio Flaco, que ambos eran la flor de la nobleza romana. Ellos le ayudaron, más ó ménos, á conseguir los cargos de Tribuno militar, Cuestor y Pretor, y á elevarse al consulado, y la censura, la cual marcaba el límite á que podian llegar, en Roma, las ambiciones legales; y que obtuvo y ejerció, en compañía del referido Valerio. (23)

En el Senado mismo, este plebeyo, este *hombre nuevo*, era escuchado con más respeto que los Escipiones: y, «en los tiempos azarosos y difíciles, la Asamblea tenia los ojos fijos en él, como, en lo más recio de una tempestad, los pasajeros de un buque los tienen fijos en el piloto; sucediendo frecuentemente que, cuando no estaba en el Senado, se aplazaban los asuntos graves hasta conocer su opinion.» (24) Así, pues, señores, su lucha fué muy distinta de la que sostuvieron Cassio y Manlio, cuando, renegando del patriciado, acaudillaron las muchedumbres. Estos atacaban á la clase entera de los patricios, y Caton combatía sólo una parte de ella; porque su objeto no era quebrantar la aristocracia, sino contener el vicio y los peligros de la ambicion, aunque los viese nacer en el seno de la aristocracia misma.

Desde el momento en que fué cónsul Caton, sus tiros se dirigieron contra el lujo, que, á pesar de las leyes suntuarias, empezaba á manifestarse en Roma más escandaloso que nunca. Un tribuno del Pueblo propuso la derogacion de la ley Oppia. Esta ley prohibia á las mujeres el uso inmoderado de los adornos y joyas de oro, de las ricas telas, y de los carruajes dentro de Roma y sus inmediaciones. (25) Caton deseaba que estas prohibiciones continuasen vigentes, y se

dispuso á arrojar en la balanza del debate, todo el peso de su elocuencia, todo el prestigio de su nombre, y toda su autoridad de Cónsul. Entónces hubo en Roma un espectáculo que no se habia presenciado desde los tiempos de Coriolano, aunque, ciertamente, con muy diverso objeto. Las avenidas que conducian al Foro, y todas las calles inmediatas, fueron ocupadas por las mujeres, que, en pública manifestacion, pedian se derogase aquella ley, en su concepto tiránica, que no las dejaba participar de las grandes prosperidades de la República. La áspera franqueza de Caton, pecó entónces algo de insolente. Despues de echarles en cara su falta de recato y su impudor, dijo que eran un sexo indomable, propenso al desenfreno; y que, si pedian libertad, era para entregarse á la licencia. (26) Pronóstico, señores, que se vió cumplido, cuando, diez años más tarde, las bacanales amenazaron convertir á Roma en un inmenso lupanar.

El tribuno L. Valerio contestó al discurso del cónsul en otro muy elocuente y hábil, y la ley quedó derogada. ¿Qué motivo indujo á L. Valerio á defender, á las matronas romanas, en aquel largo debate? ¿Qué interés tenia en que pudiesen aumentar su lujo, ó, lo que es lo mismo, en que pudiesen realzar su hermosura? Ni puedo, ni creo

que pueda nadie, responder á estas preguntas con testimonios históricos; mas, cuando recuerdo que los deberes políticos no escluyen las íntimas relaciones privadas, y considero que la voluntad es una máquina que, á las veces, se mueve bajo la accion de pequeños resortes ocultos, sospecho que podria, quizá, sacarnos de la duda, alguna de aquellas nobles matronas, contemporáneas del tribuno.

Por lo demás, preciso es reconocer que Caton era demasiado severo con las mujeres, y que, sus inculpaciones podian ser justas entónces, y no serlo siempre, ni contra todas. Y, aunque sólo fuese porque todos los hombres, desde que nacemos hasta que morimos, tenemos en el mundo alguna mujer á quien profesar cariño, consideraciones y respeto; ora esa mujer reciba el nombre de madre, de hija, de hermana ó de amante; aunque sólo fuese porque no hay hombre civilizado que no tenga, ó haya tenido, segun su edad, un santuario en su pecho donde consagrar la imágen de alguna mujer preferida; aunque sólo fuese por esto, repito, deberíamos ser con ellas más indulgentes que fué Caton con sus conciudadanas. El sabia, como nosotros, que la sangre de Lucrecia y de Virginia, y las lágrimas de Vetulia, habian dado á Roma su libertad, ó salvado su indepen-

dencia; pero no habia visto á las mujeres convertirse en el génio inspirador de los hombres; no habia visto al Dante ser conducido de la mano, por su Beatriz, á la mansion de las penas y las recompensas eternas; no habia visto á Petrarca, al Ariosto, al Tasso, ni al desgraciado Camoens, hacer de su vida un poema de amores, donde, en concierto sublime, se mezclan suspiros, recelos, ternezas, dichas y amarguras que fecundaron su mente, y les dieron la entonacion épica de los cantores de hazañas, y los dulces tonos, y las gratas armonías, de los cantores de idilios.

Tambien cuando se discutió la ley que prohibia á las mujeres heredar sumas que elevasen su patrimonio á más de cien mil sextercios, Caton las atacó de nuevo: ántes, las mujeres gozaban iguales derechos que los hombres, en lo relativo á las herencias: él fijó las opiniones en un discurso que se conservaba en tiempo de Tito-Livio, y que, segun dice este célebre historiador, fué pronunciado con rarísima energía, no obstante los sesenta y cinco años de edad que entónces contaba el orador. (27)

Pero, todos estos debates y la mayor parte de las frecuentes acusaciones que intentó, y de las cincuenta, ó más, (28) de que tuvo que defenderse, pueden considerarse como lijeras escaramuzas.

Su gran campaña fué la que sostuvo contra los Escipiones; contra aquella familia de colosos que, en los tiempos del imperio, habria sido una familia de césares; contra aquella raza de insignes capitanes que habian conquistado el imperio del mundo para Roma, y que llevaban uncida, á su carro de triunfo, la fortuna, como si la hubiesen hecho esclava del Capitolio. El vencedor de Aníbal, á pesar de su gloria, fué objeto de acusaciones aconsejadas y favorecidas por Caton, y se vió obligado á buscar, en un destierro voluntario, una defensa contra sus enemigos, y algun reposo para los últimos dias de su vida. (29) Mas, Caton, despues de haber vencido en las elecciones para la censura á los siete competidores más poderosos que podian oponerle los patricios, humilló á Escipion el Asiático, hermano del grande Escipion, declarándole indigno de pertenecer á la clase de los caballeros. No satisfecho con esto, hizo expulsar del Senado á siete individuos, entre los cuales se encontraba L. Flaminio, hermano de aquel otro Flaminio, que fué bastante célebre para que Plutarco escribiese su biografía. Siguiendo la ley de la costumbre, Caton expuso, ante la Asamblea, las causas en que fundaba la expulsion, pronunciando, con tal motivo, varios discursos violentísimos y de una elocuencia tan victoriosa,

que segun dice quien los conocia, en el caso mismo de ser censor Quinto Flaminio, no habria podido eximirse de condenar á su hermano. (30) Puedo ofreceros, como muestra de esta invectiva, las últimas palabras que pronunció, despues de desafiar al acusado á que se defendiese. Hélas aquí: «Si él mismo con su silencio, se confiesa culpable, ¿podrá sentir nadie el deshonor que recibe, por haberse entregado, en medio de una orgía, á la embriaguez y el desenfreno, hasta el punto de entretenerse en derramar, por recreo, la sangre de un hombre?» (31)

Otra muestra, si no de rigor, de intolerancia, igualmente digna de conocerse, fué la que dió cuando Carneades estuvo en Roma á desempeñar una embajada de Atenas. Pertenecia Carneades á la Academia, y de sus labios brotaban raudales de elocuencia y sabiduría. Todos, en Roma, y especialmente los jóvenes, le consideraban como un prodigio, y todos le oian con asombro, y vivos deseos de aplicarse al estudio de las letras y las ciencias, en que tales hombres se formaban. (32) Todos, ménos Caton, que alarmándose con la entusiasta acogida que habian tenido las doctrinas de Carneades, corrió al Senado y le hizo resolver, inmediatamente, sobre el asunto de la embajada ateniense, denunciando la permanencia de aquel filósofo en Roma, como un peligro para las leyes y las costumbres de la República. (33) Ocioso es decir, que se adoptaron los consejos de Caton.

Pero no creais que la vejez agotó sus fuerzas, ó le inclinó al descanso. Su alma era infatigable, y su cuerpo de hierro, conservaba la misma fortaleza que su espíritu. Setenta años de guerras, sostenidas, unas veces en los campos de batalla, y otras en el Foro y el Senado, no pudieron quebrantar su energía, ni obligarle á abandonar la ardiente arena de los debates políticos. Cuando por última vez fué acusado, contaba 86 años, y él mismo compuso y pronunció su defensa. (34) A los 90 sostuvo una acusacion, contra el famoso orador Servio Galba, que, injustamente, habia dado muerte á gran número de lusitanos. Dos cortos pasajes se conservan de este discurso de Caton. El uno pertenece al exordio, y dice así: «Numerosos motivos me alejan ya del Foro: los muchos años, la debilidad de mi voz, la de mis fuerzas, todos los achaques de la vejez; mas al conocer la importancia del actual proceso... (35).»

Y el otro, que pertenece á la refutacion, es el siguiente: «Dícese que los Lusitanos han querido sublevarse; mas será esta una razon para tratar-

los como sublevados? Yo creo conocer, perfectamente, el derecho de los Pontífices, ¿y bastará esto para que sea mirado como Pontífice? Aunque yo diga que poseo toda la ciencia augural, ¿quién querrá tomarme por augur?» (36)

El servicio más grande que prestó á su patria, no fué, en concepto de algunos, el haber terminado felizmente la guerra con la España Citerior, ni el haber conseguido, en Grecia, una batalla decisiva contra el rey Antioco; sino, más bien, el haber hecho declarar la última guerra púnica, que acabó, para siempre, con la patria de Anibal. Desde que visitó á Cartago, y vió que, en poco tiempo, se habia repuesto de sus inmensos desastres, hasta el punto de ser una ciudad tan rica y floreciente como Roma, siempre que en el Senado emitia dictámen, sobre cualquier asunto que fuese, creia tener ante su vista la sombra amenazante de Anibal, rodeado de sus fieros cartagineses, como acaso los habia visto, algun dia, en las orillas del lago Trasimeno; y temiendo que un cambio de fortuna reprodujese, para Roma, aquellos tiempos aciagos, y recordando que la fortuna es impotente para favorecer á los muertos, concluia sus discursos con esta frase bélica: «Y tambien opino que destruyamos á Cartago.»

Tal fué Caton. En la historia de Roma aparece como una figura grande, austera y simpática, que durante siete siglos ha predicado al mundo la rígida virtud de los primitivos estóicos. Mecido en la humilde cuna de los plebeyos, y elevado á todos los honores y dignidades, de su pátria, sin haber pisado nunca el camino tenebroso de la intriga, ni haberse valido de complacencias populares, es un vivo ejemplo de lo que puede el trabajo para conseguir el mérito, y de lo que puede el mérito, cuando presenta sus títulos en el certámen de las recompensas políticas de un pueblo libre. Con defectos de hombre, pero con prendas de corazon y de inteligencia que parecen incompatibles, y que, sin embargo, poseia en alto grado, se recomienda á nuestra admiracion, porque además de haber enriquecido las letras romanas con 150 discursos, y con varias obras de diversa índole, de las cuales una llegado hasta nosotros, (37) mereció de sus compatriotas el concepto de insigne capitan, insigne político, hábil jurisconsulto, grande orador y eminente ciudadano. A lo cual debe añadirse el haber merecido de la posteridad, que falla sin ceder á odios ni aficiones, que su nombre pase en proverbio, como título de virtudes cívicas, y de firmeza de alma.

He dicho.